

SOCIEDAD, CIENCIA Y COVID-19

PABLO DEL MONTE-LUNA

Hace unos días salí a surtir la despensa. A la entrada del supermercado me recibió un joven del personal de la tienda, para ponerme gel con alcohol en las manos y rociar el manubrio del carrito con desinfectante. Noté que él tenía la mascarilla mal puesta y le pregunté si la nariz no iba dentro del cubrebocas, a lo que me respondió:

— Obvio no, por algo se llama cubre**bocas**.

Deletraba enfáticamente las últimas dos sílabas. En el momento, hice un rápido ejercicio mental de costo-beneficio entre explicarle el porqué estaba equivocado o quedarme callado. Opté por lo segundo, pues de lo contrario debía adentrarme tan profundo en su visión acerca de la realidad inmediata, que corría el riesgo de que lo tomara como una afrenta y entonces habría perdido mi tiempo.

Este incidente y otras piezas de información que recibo diariamente a través de los medios digitales de comunicación, me han puesto en perspectiva el grado de inconciencia de una parte de la ciudadanía mexicana, y la de otros países, ante una amenaza biológica que el mundo no había visto en una centena de años. La manifestación de esta inconciencia va desde las teorías conspirativas, como que el coronavirus (inventado por los chinos) viaja a través de las ondas electromagnéticas emitidas por las redes móviles de quinta generación, hasta la lectura errada que la gente le ha dado al aplanamiento de las curvas de infección, interpretándolas como que el virus ya se fue y ahora es seguro salir. Concebir de la realidad en estos términos ha tenido consecuencias indeseables como, por ejemplo, una displicencia e irrespeto del conocimiento científico relativo al fenómeno del Covid-19 (lo que, a su vez, retroalimenta la susceptibilidad al pensamiento conspiratorio) y, peor aún, las represalias físicas que ha sufrido el personal médico a causa de la negligencia ciudadana.

No hay duda de que nuestras creencias determinan nuestras acciones. Ahora más que nunca, este hecho está marcando la diferencia, en lo individual, entre infectarse o mantenerse sano y, en lo colectivo, entre superar la peor etapa de la pandemia o continuar en un ascenso de infectados. Por un

lado, una sociedad con espíritu crítico, sensible al conocimiento científico, será más consciente de la naturaleza y consecuencias del agente infeccioso (en este caso un virus) y de las medidas que se deben acatar para reducir la probabilidad de contagio. En el otro extremo, una sociedad renuente a la información técnica, que desconfía de los científicos, pero afín a prácticas y costumbres ajenas a una realidad factual estará, por tanto, menos dispuesta a adoptar medidas reactivas y, mucho menos, preventivas. Si hay un momento de la historia reciente en el que debemos estar abiertos a la orientación basada en evidencia experimental y comprobable, y supeditar otros sistemas de creencias a esas evidencias, es justo ahora.

En este punto, es necesario abrir un paréntesis acerca de la comunicación de la información. Diariamente somos inundados con notas, publicaciones, podcasts, blogs, tuits, memes y estadísticas sobre todo lo que se relaciona con el Covid-19. Incluso para alguien con preparación científica, resulta difícil determinar la confiabilidad y pertinencia de tal cantidad de pesquisas. De aquí que deba existir una sola fuente responsable de manejar la información y comunicarla de forma eficiente; una fuente que, de preferencia, esté a cargo del Estado. Esto supone la existencia de un sistema robusto, constituido por personas experimentadas y con la mejor preparación posible, que recopile, filtre, analice y transmita al público información veraz en un formato accesible y convincente. En la medida en la que falle una o varias partes de este sistema, la gente recibirá información y mensajes incompletos o equivocados. Qué tan bueno ha sido dicho sistema en México, sólo podrá determinarse en retrospectiva. Se cierra paréntesis.

Una sociedad bien informada es tan crucial para librar esta hecatombe, como lo es contar con representantes que implementen políticas públicas basadas en la mejor ciencia disponible. En los últimos cuatro meses, no obstante, hemos sido testigos de un sinnúmero de políticos de todo nivel hablando sobre el Covid-19; algunos con conocimiento de causa, y otros mezclando verdades, verdades a medias e información falsa, todo con inserciones de sus creencias propias. Ante esto, los ciudadanos debemos estar doblemente blindados; primero, contra el bombardeo de comunicados en redes sociales y, segundo, contra los discursos de representantes y figuras populares que son ejemplos vivos del efecto “Dunning-Kruger” (personas ignorantes en un tema, pero que muestran una confianza similar a la de un experto). Lo único que se interpone, pues, entre una ciudadanía indefensa y una resiliente ante esta pandemia, es un sistema educativo que inculque en el individuo el espíritu analítico necesario para indagar en las fuentes originales de información e identificar profesionales calificados en cuyos mensajes podamos confiar.

La ciencia es la única empresa humana que puede concebir cómo un germen de una diezmilésima de milímetro, puso de rodillas al mundo en-

tero. Asimismo, la ciencia es de donde provienen las medidas para amortiguar su peligrosidad, y será la única empresa capaz de controlarlo. Como tal, ahora se presenta una oportunidad insólita para que la sociedad mexicana valore la importancia que tiene la generación de conocimiento científico, tanto básico como aplicado. Personalmente, considero que aún no es tarde para lograrlo. Aprovechando esa oportunidad, el Estado mexicano, a través de sus instituciones encargadas de producir conocimiento científico y de administrar la ciencia, tiene la obligación de resolver los efectos de la pandemia. Las tareas claves serán, entonces, procurar una infraestructura tecnológica que esté a la altura de las circunstancias y comunicar eficientemente la información para que la sociedad se convierta en un remedio y no en un catalizador de la enfermedad. Tal vez una forma de medir en qué grado se están cumpliendo esas tareas, sea que el personal que nos recibe a la entrada del supermercado sepa por qué la nariz va dentro del cubrebocas.

